

## LOS PRESENTES DE MOCTEZUMA.

### DURERO y OTROS TESTIMONIOS

Testigo de calidad en la apreciación de los tesoros mexicanos fue Alberto Durero. No era un simple curioso; tampoco un hombre que solamente pudiera percibir su valor por los ricos metales en que estaban hechos, sino un ser exquisitamente dotado para apreciar la belleza en todas sus formas.

Familiarizado con las grandes obras de arte de su época y anteriores a él, creador él mismo, de medios de expresión estética extraordinarios y dotado de una sinceridad y precisión de juicio inigualables, la opinión por él emitida que traduce fielmente su sensación ante una belleza extraña, es de gran mérito. Esa opinión vale más, por cuanto estuvo dada en un momento en el cual Durero sufría una serie de emociones artísticas sorprendentes, y en un período en el que ya en plena madurez, alcanza aun a dar a su arte un nuevo aliento que lo unifica y hace imperecedero, ante el contacto de nuevos y valiosos artistas y la necesidad de superar las grandes cualidades de aquellos.

El contacto de Durero con los tesoros mexicanos, tuvo lugar en Bruselas, durante el viaje que realizara a los Países Bajos por cerca de un año, a partir de julio de 1520.

Este viaje fue su segunda gran salida de Alemania. La primera había sido para ir a Italia, de cuyo arte, principalmente del renacentista, recibió una gran influencia, perfectamente visible a partir de ese momento en su obra de profunda raigambre gótica.

Alberto Durero salió para este segundo viaje de Nuremberg el 12 de julio de 1520, en unión de su esposa Inés Frey y su sirvienta Suzana, en un momento en que reinaba la peste en esa ciudad.

Deja Nuremberg no sólo a causa de la peste que la señoreaba, sino con el fin de ir en busca del Emperador y obtener de él la confirmación de una pensión que le había sido otorgada y mediante la cual debería recibir, por toda su vida, una renta mensual de 100 florines, a cargo de

los productos de los impuestos imperiales que se percibieran en Nuremberg.

Tiene su viaje una finalidad económica muy clara, la obtención de una renta que le permitiera vivir y trabajar con desahogo y decoro. En pos de ella, sale de Nuremberg y pasa a los Países Bajos con toda la lentitud con que solían hacerse los viajes en aquellos años.

En Flandes es bien recibido. Su obra es conocida y admirada. Atrae su simpatía humana, su cordialidad, su generosidad en mostrar su experiencia y aceptar cuanto de bueno veía y conocía. Con igual deferencia le reciben sus colegas flamencos, quienes le albergan en sus casas, le obsequian y sobre todo, en su propio beneficio, aprovechan la macicez y renovado vigor de su arte incomparable.

De su recorrido por los Países Bajos, de su contacto con el pueblo, de las impresiones que le causaron sus ciudades, sus monumentos, sus obras de arte, de todo cuanto hizo vibrar su sensibilidad, nos ha dejado una inapreciable y valiosa relación en el diario que escribiera día por día durante cerca de un año.

El manuscrito original de Durero, se encuentra perdido, mas su texto ha sido conocido gracias a dos copias que de él existen: Una de principios del Siglo XVII conocida con el nombre de Manuscrito A que se encuentra en la Biblioteca de Bamberg y otra anterior en fecha, que se halla en los Archivos Provinciales de Nuremberg llamado Manuscrito B.

De ellas se han transcrito los textos que han servido para publicar el *Diario*, el cual lo ha sido a menudo literariamente, tal como lo hiciera Chr. Narrey en 1866 y otras para publicarlo literalmente, respetando los matices de su autor y sus formas peculiares de expresión y más aún su fantástica puntuación. Así lo hicieron por ejemplo J. Veth y S. Müller en *Albrecht Dürers Niederländische Reise*. Berlín, 1918, y más recientemente J. A. Goris y George Marlier en una traducción al francés aparecida en Bruselas en 1937.<sup>1</sup>

En este *Diario*, como en casi todas las obras de ese género, a menudo se narran con singular deleite ciertos acontecimientos que impresionan con más vigor y en otras ocasiones se apunta con una extraña brevedad los hechos más o menos ordinarios que no sobresalen en el

<sup>1</sup> ALBERT DÜRER: *Journal du voyage dans les Pays-Bas*. Traduit et commenté par J. A. Goris, Docteur en Sciences Historiques, Professeur a l'Academie des Beaux Arts d'Anvers et George Marlier, maitre en Histoire de l'Art et Archeologie. Bruxelles, Editions de la Connaissance, S.A. 1937. Esta es la edición por nosotros utilizada.

propio acontecer. Durero en su *Diario* no escapa a esta realidad. Páginas y páginas del mismo están consagradas a llevar una cuenta minuciosa de su economía, de lo que gasta en transportes, en alojamiento, en comidas, en obsequios, en compras, hasta lo que paga por el baño. También anota cuáles son sus ingresos por venta de sus cuadros y grabados. Sorprende en él su orden y método para anotar cuanto recibe y cuanto gasta. Este libro *Diario* nos lo muestra tan pronto como un hombre ahorrativo que apunta hasta el último centavo que maneja y por el otro, como un ser que emplea su dinero en diversos gastos superfluos de "una inutilidad encantadora" ya que con él compra toda clase de objetos: bastones de bambú, peces secos, pericos, tortugas, conchas, cuernos de búfalo, bulbos de tulipán, todo lo cual le atrae y le seduce.

En este aspecto el *Diario* es un libro de cuentas, pero por otra parte en el mismo, nos ha dejado una serie de descripciones valiosas, como la de la procesión de Amberes, la de los diversos monumentos y obras de arte, la de su viaje a Zelandia para ir a conocer una ballena y principalmente la que hizo de los tesoros mexicanos llevados por el Emperador a los Países Bajos y exhibidos en Bruselas.

En la descripción diaria que nos hace de los hombres y de las cosas, adviértese una cierta inclinación hacia lo extraño, lo desconocido, lo exótico. De ahí su inclinación por los objetos extraños, como el bulbo de tulipán, los cuernos de búfalo, los pericos, y el entusiasmo que en él despierta el presente que Moctezuma enviara a Hernán Cortés y el cual, como muestra inigualable de las riquezas americanas, se exhibía en Europa.

Su curiosidad fue grande, no sólo por las expresiones de arte, sino por todo aquello para él desconocido. Viaja y anota con precisión exacta cuanto despierta su entusiasmo y deja a la posteridad un testimonio rico en experiencias y en vivencias de extraordinario interés.

Durante su recorrido ejerce su arte prodigioso influyendo en todos cuantos le rodean, principalmente en los artistas flamencos. Su obra de grabador para esa época era ya importante, pues contaba con más de cien grabados en cobre y 200 pequeños en madera, los cuales circulaban por todas partes. El mismo vendería a buen precio y en ocasiones obsequiaría a sus amigos ejemplares de la Gran y de la Pequeña Pasión, del Apocalipsis, de la Vida de María, y otras planchas aisladas y realizaría sorprendentes retratos de buen número de personajes que entonces conoció. En sus obras se apreciaba la influencia italiana que tanto gustaría a los flamencos. Su genio extraordinario servía como vehículo

trasmisor de nuevas modalidades artísticas a Flandes, tal como lo ha demostrado Julius Held.<sup>2</sup>

En Flandes traba amistad con Joachim Patenier a quien llama "el buen paisajista" y para quien dibujaría cuatro figuras de San Cristóbal que Patenier utiliza posteriormente para su gran cuadro del Escorial.

Conoce a Conrad Meyt, escultor de Margarita de Austria y a su pintor Bernard Van Orley, habiendo hecho de éste un retrato.

Traba amistad con Jan Provost en cuya casa se aloja; con Lucas de Leyde, como él pintor y grabador. Durero y Lucas de Leyde se retratarán mutuamente.

Confraterniza con el maestro vitralista Dirck Vellert, de quien toma el color rojo de sus vitrales para llevarlo a los vitralistas alemanes. De Conrad Meyt, escultor de Margarita llega a decir "que no ha visto nunca a nadie igual a él" e igual simpatía y admiración siente por Jan Mone. Todos ellos reciben un influjo benéfico de Durero. Trabajan juntos y logran captar en su provecho la madurez del gran artista germano. La recíproca también es cierta en alguna medida. Sus obras y las de otros maestros como Jean Van Eyck, Rogier Van der Weyden, Hugo Vander Goes y Juan de Flandes le servirán para afinar sus propias creaciones.

De las pequeñas figuras que este último hiciera para Isabel la Católica sobre el tema de la Pasión exclamaría: "No he visto jamás nada tan puro y tan bueno".

De la impresión que le causara el retablo del cordero místico de Jean Van Eyck que se conserva en Gante escribe: "Después vi el retablo de Jean; es una pintura magnífica y bastante bien concebida, sobre todo las figuras de Eva, de la Virgen y de Dios Padre son muy buenas".

En Brujas renovará sus contactos con el arte renacentista al admirar en la iglesia de Nuestra Señora la escultura de la Virgen y del Niño hecha por Miguel Angel.

La admiración que por los artistas flamencos siente es patente, como patente es en su obra posterior el influjo renovador de su inspiración, debido a ese contacto. En este viaje realiza más de 140 retratos a tinta, los cuales vendía por un florín. Hace 5 pinturas al óleo, de las cuales 3 se conservan en Madrid, Dresde y Boston. Ejecuta numerosos croquis de monumentos, sitios, tipos de vestido, animales, la mayor parte de ellos publicados en *Niederlandisches Reiseskizzenbuch*. Frankfurt, 1928.

2 *Dürers Wirkung auf die Niederlandische Kunst seiner Zeit*. La Haye, 1931.

Su curiosidad por lo nuevo es tanta que le lleva a hacer un largo y penoso viaje para conocer a una ballena que había varado en Zieriksee en Zelandia. "Quería yo conocer ese enorme pez, mas la marea lo había vuelto al mar" escribirá con desilusión al llegar a las playas zelandesas y no encontrarla.

Visita con el mismo alegre ánimo con el que hizo el viaje a Zelandia, la casa de Nassau cuya construcción y decoración lo asombran y en la que contempla entusiasmado no sólo los retablos del maestro Hugues y los objetos preciosos que encierra, sino también el "gran lecho en el que podían dormir cincuenta personas a la vez".<sup>3</sup>

A más de admirar las grandes obras y los monumentos, le toca ser espectador de profundos acontecimientos, tales como la Coronación del Emperador Carlos V, de la cual dice: "He visto en esta ocasión toda suerte de magnificencias. Ninguno de nosotros ha visto jamás cosas tan suntuosas".<sup>4</sup>

Durero tuvo con los humanistas y reformistas una gran amistad. Profunda simpatía le ligó con Erasmo del que cuenta cómo varias veces le retrató y obsequió ejemplares de sus grabados<sup>5</sup> y a quien exhortaría a tomar partido por Lutero en el momento en que éste era detenido, prometiéndole las palmas del martirio a cambio de esa actitud, palmas que Erasmo tuvo cuidado en declinar como lo confiesa en una carta que escribiera a von Hutten en la cual le dice: "Yo escogería ser el mártir de Cristo, si el mismo Cristo me diera la fuerza, pero yo no quiero ser el mártir de Lutero".

De su actitud frente a la reforma nos quedan las palabras escritas en su *Diario* "Oh Dios, si Lutero es muerto, quien nos enseñará el santo evangelio con tanta claridad".

Todos estos grandes acontecimientos, todos aquellos objetos llenan el espíritu de Durero en una forma avasalladora y pese al enorme valor que adquirieron ante él no le privan de mantener su sensibilidad despierta ante muestras preciadas de una cultura extraña.

Como vibra su alma ante la serena y majestuosa belleza de una imagen de Miguel Angel, o un retablo de Jean Van Eyck, va a vibrar, pero con mayor entusiasmo, al conocer las obras de arte que como trofeo de la grandeza del Emperador Carlos se exhibían en Europa, y las cuales, para conquistar su favor, le había remitido desde las playas de Chalchicuecan un desconocido capitán, Hernando Cortés.

3 DURERO: *Journal*... 13-14.

4 DURERO: *Journal*... 25-26.

5 DURERO: *Journal*... p. 14.

Carlos exhibió los presentes que Moctezuma hiciera a Cortés en varias poblaciones de su Imperio. Tocó a Durero conocerlos en Bruselas y describirlos en su *Diario* con todo entusiasmo. En el ámbito más rico y suntuoso de Bruselas fueron exhibidos los tesoros mexicanos, en el palacio del Ayuntamiento y ese marco fue apenas digno de contener tan valioso presente que un Emperador hiciera a otro sin saberlo, por conducto de un soldado afortunado.

De su contemplación, Durero nos dejó el siguiente testimonio:

"El hotel de Ville de Bruselas es soberbio, grande, ornado de bellas esculturas y rematado por una magnífica torre calada".

"Vi también los objetos que trajeron al rey del nuevo país del oro: un sol todo en oro, de una braza de largo, una gran luna de plata, del mismo grandor, y dos cámaras llenas de armaduras, de toda suerte de armas, de arneses, de objetos de tiro, de vestiduras extraordinarias, y bizarras de ropas y de todas clases de objetos, que sirven para usos muy diversos. Esas cosas son más bellas que las maravillas, tan preciosas que las han estimado en cien mil florines y en mi vida he visto cosas que me haya más regocijado el corazón que esos objetos. Pues ahí vi cosas extraordinarias y artísticas y me maravillé de la sutil ingeniosidad de los hombres de países lejanos, no sabría decir aquello que sentí yo ahí.

"Yo ví otras cosas bellas en Bruselas, y principalmente una gran cauda o cola de pez formada por piedras talladas, larga como una braza, muy gruesa y la cual pesaba más de quince quintales. Tiene la forma que aquí dibujo y debía encontrarse atrás de la cabeza del pez"<sup>6</sup>.

Es en estas cortas líneas, como nos describe la impresión que le causara el presente de Moctezuma, *ese hombre de un país de oro* en el cual sus súbditos de ingenios sutiles podían elaborar objetos de maravilla que regocijaban el corazón de un artista genial y le hacían experimentar una emoción que él consideraba indescriptible.

El estupor de Durero sólo es concebible ante la magnitud y grandiosidad del presente. La emoción estética de un hombre de calidad ante un tesoro extraño, muestra el enorme valor que el arte prehispánico de México había alcanzado, al grado de poder asombrar a un esteta, que juzga como extraordinariamente artísticas las piezas que con sutil ingeniosidad producían los hombres de estas lejanas tierras, pese a sus diferencias formales.

Desafortunadamente no todos los europeos supieron comprender el valor artístico de esos tesoros y pronto la necesidad del oro, la igno-

<sup>6</sup> Ibidem... 12-13.

rancia y la incompreensión lograron la desaparición de la mayor parte de los presentes mexicanos.

Es lástima que Durero no nos haya dejado un testimonio de esos objetos más explícito o a través de su arte pictórico. El que nos legó, si bien es breve, es valioso por su procedencia. Ante él cabe preguntarnos: ¿cuáles fueron los objetos que Cortés recibiera de Moctezuma y que envió al Emperador?

De ellos tenemos en la Historiografía de la Conquista varios testimonios, unos más completos que otros. Una relación de los mismos nos muestra, a más de su variedad y riqueza ciertas diferencias en la forma en que son descritos y en la procedencia y autenticidad de los testimonios. Sólo con ánimo de contrastar unos con otros, vamos a dar su descripción de acuerdo con las fuentes principales.

Ante las diferencias que presentan se podrá comprender mejor la variedad de criterios, intereses e interpretaciones que privan en la historia mexicana y que este simple ejemplo sirve para ilustrar.

Los presentes mexicanos enviados a Europa fueron varios. Don Rafael García Granados en sus *Antigüedades mejicanas en Europa*, México, 1942, señala las principales remesas, a saber, la de Juan de Grijalva, quien llega a enviar con Benito Martín, una máscara de oro y una figura pequeña de hombre con mascarilla, toda de oro. A Grijalva que tocó tierra mexicana con más detenimiento estaba reservado el más rico homenaje que se hiciera a quien creían un enviado de los dioses o el propio Quetzalcoatl, mas la fortuna, que se burla de los hombres, quiso otorgarle el mérito a Hernán Cortés y no a él, de ser el receptor del presente de Moctezuma, presente que con su consecuencia moralizadora hace exclamar a Torquemada, que fue él, el que perdió a Moctezuma y su Imperio, puesto que al mostrar imprudentemente sus riquezas, despertó la codicia de los conquistadores.<sup>7</sup>

Si Grijalva hubiese regresado de inmediato a las playas de Chalchicuecan hubiera recibido más oro que el que recibió en el Río de Banderas, en donde después de haber desembarcado Montejo y él, los caciques de la región le llevaron más de diez y seis mil pesos en joyezuelas de oro bajo, y de mucha diversidad de hechuras, a cambio de los

<sup>7</sup> Fray JUAN DE TORQUEMADA: *Monarquía Indiana*, 3 ed., 3 vol. México, Editorial Chavez Hayhoe, 1943, I, 389-390.

"diamantes azules y cuentas verdes" como afirma Bernal Díaz del Castillo<sup>8</sup>. El destino y su buena estrella trajeron en su lugar a Cortés.

Don Hernando, mucho más astuto e inteligente que Grijalva, al llegar a Ulúa y ver que todo el gentío que le esperaba vestía ricamente, ordenó a su hueste no tomase cosa alguna de los indios y aparentase no codiciar el oro para que los indios no sospechasen. Pocos días después, por el Domingo de Pascua, cuenta Gomara<sup>9</sup> llegó al real donde se aposentara Cortés, el cacique Teuhtlille o Quintalvor, como le llama el capellán, en unión de Pitalpítoe con muchos indios de Cotaxtla, quienes le entregaron "ciertas joyas de oro ricas y bien labradas, y otras cosas hechas de pluma que no eran de menor artificio y extrañeza", las cuales debieron quitar a los españoles la mala impresión que les produjeron las pajuelas o espinas tintas en sangre de los propios enviados.<sup>10</sup>

Don Hernando, que no desaprovechaba ocasión para conseguir sus fines y mostrar su afán de señorío, agradeció el obsequio "por señas y meneas —como explica Herrera— y en cambio de tan valioso ofrecimiento remitió a Moctezuma una silla de caderas, labrada de ataracea, una camisa labrada, una gorra de carmesí, con una medalla de oro de un San Jorge, i muchas cuentas de vidrio, i sartalis de diferentes colores, embueltas en algodón con muchos olores de almizque, que de los indios fueron muy estimadas, porque iban dichas en collares, de manera que parecían bien"<sup>11</sup>. De esta suerte se estableció en la antigua Anahuac, después Nueva España, el trueque de oro y piedras finas por bisutería vil, sistema que aún persiste, y del cual muchos coleccionistas pueden dar amplios informes.

Así pasaron siete y ocho días, —cuenta Gomara— con muchas visitas de indios y esperando al Gobernador, y la respuesta de aquel tan grande señor como todos decían<sup>12</sup>.

8 BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Introducción y notas por Joaquín Ramírez Cabañas, 3 vol. México, D. F. Editorial Pedro Robredo, 1939, I, 90.

9 FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA: *Historia de la Conquista de México*. Con una introducción y notas por D. Joaquín Ramírez Cabañas, 2 vols. México, Editorial Pedro Robredo, 1943, I, 103.

10 ANTONIO DE HERRERA: *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme de el Mar Océano*. Prólogo de Don Natalicio González. Asunción del Paraguay, Editorial Guaranía, 1945, II, 101. Escribe casi lo mismo: "Mandó sacar de una petaca, que es como baúl, muchas piezas de oro, ricas i de buenos labores, i diez cargas de ropa blanca de algodón, i pluma, que eran cosas muy de ver, demás de las gallinas i comida que habían presentado".

11 HERRERA: *Ibidem*.

12 FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA: *Op. Cit.*, I, 107-108.

En tanto Cortés daba muestra de audacia y entereza y ganaba partido, Moctezuma, poseído de profundos temores, en vez de prepararse a hacer frente al peligro, intentó alejarlos con medios contraproducentes. Luego que hubo visto las pinturas de navíos, caballos, cañones y otras armas de fuego y de los perros bravos, y oído las relaciones de sus enviados "admirado de los caballos y tiros de pólvora y las armas y lo demás, y temiendo que de gente tan proveída y feroz no le podía suceder sino mal cognvencido que su venida era por oro, luego a mucha prisa mandó sacar de sus riquezas y tesoros (grandes por cierto y nunca otros se cree antes de estos haberse visto ni oído), un presente de cosas tan ricas y por tal artificio hechas y labradas, que parecían ser sueño y no artificias por manos de hombres"<sup>13</sup>.

Confundido en sus ideas e inseguro en su conducta, al áureo envió va a unir los emblemas sacerdotales de Quetzalcoatl en señal de acatamiento. Esto explica el porqué de la suntuosidad y magnificencia del presente. Todo esto envuelto en ricas mantas y colocado cuidadosamente en numerosas petacas fue enviado a los recién llegados acompañado de un discurso.

Fray Bernardino de Sahagún nos ha dejado una relación de las recomendaciones de Moctezuma a sus enviados y del presente enviado, relación de gran valor por su procedencia.

Dicha relación dice: "A sus enviados habló Mocthecuzoma y les dijo: mirad que han dicho que ha llegado nuestro señor Quetzalcóatl, ir y recibidle y oíd lo que os dijere con mucha diligencia: mirad que no se os olvide nada de lo que os dijere, veis aquí estas joyas que le presentéis de mi parte, que son todos los atavíos sacerdotales que a él convienen:

Primeramente una máscara labrada de mosaico de turquesas, tenía esta máscara labrada de las mismas piedras, una culebra doblada y retorcida cuya doblez era el pico de la nariz, luego se dividían la cola de la cabeza, y la cabeza con parte del cuerpo iba por sobre el un ojo de manera que hacía ceja, y la cola con parte del cuerpo iba por sobre otro ojo, y hacía otra ceja.

Estaba esta máscara engerida en una corona alta y grande, llena de plumas ricas, largas y muy hermosas, de manera que poniéndose la corona sobre la cabeza se ponía la máscara en la cara: llevaba por joyel una medalla de oro redonda y ancha: estaba asida con nueve sartales

13 Fray BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *Historia de las Indias por...* Edición de Agustín Millares Carlo y estudio preliminar de Lewis Hanke. 3vs. México, Fondo de Cultura Económica 1951 (Biblioteca Americana) III, 245-247.

de piedras preciosas, que echadas al cuello cubrían los hombros y todo el pecho.

Llevaba también una rodela grande bordada de piedras preciosas con unas bandas de oro, que llegaban de arriba a abajo por toda ella, y otras bandas de perlas atravesadas sobre las de oro de arriba abajo por toda ella, y los espacios que hacían estas bandas los cuales eran como mallas de red, iban puestos unos sapitos de oro.

Tenía esta rodela unos rapacejos en lo bajo, iba asida en la misma rodela una bandera que salía desde la manija de la rodela, hecha de plumas ricas: llevaba también una medalla grande hecha de obra de mosaico que la llevaba atada y ceñida sobre los lomos; llevaban también unos sartaes de piedras preciosas con unos cascabeles de oro entrepuestos a las piedras para atar a la garganta de los pies: llevaban también un *cetno de obispo* todo labrado de obra de mosaico de turquesas, y la vuelta de arriba era una cabeza de una culebra revuelta o enroscada.

También llevaban unas cotaras como los grandes señores se las suelen poner: llevaron también los ornamentos o atavíos con que se ataviaba *Tezcatlipoca* que era una cabellera hecha de pluma rica, que colgaba por la parte de atrás hasta cerca de la cintura y estaba sembrada toda de estrellas de oro: llevaban también unas orejeras de oro: llevaban colgados unos cascabelitos de oro, y sartaes de caracolitos marinos blancos y hermosos.

De estos sartaes colgaba un cuero que era como peto, y llevábale ceñido de manera que cubría todo el pecho hasta la cintura: llevaba este peto, muchos caracolitos sembrados y colgados por todo él; llevaban también un coselete de tela blanca pintado, la orilla de abajo de este coselete iba bordada con plumas blancas en tres listas por todo el rededor: llevaban una manta rica, la tela de ella era un azul claro y toda labrada encima de muchas labores de un azul muy fino; esta manta se ponía por la cintura atada por las esquinas al cuerpo, sobre esta manta iba una medalla de mosaico atada al cuerpo sobre los lomos; también llevaban unos sartaes de cascabeles de oro para atar a las gargantas de los pies, y también unas cotaras blancas como los señores las solían traer.

Llevaron también los ornamentos y atavíos del dios que llamaban *Tlalocatecutli*; que era una máscara con su plumaje, y una bandera como la que se dijo arriba: también unas orejeras de *Chalchivuil* anchas que tenía dentro unas culebras de Chalchivites, y también un coselete pintado de labores verdes y unos sartaes o collar de piedras preciosas, y también una medalla con que se ceñía los lomos, como la que arriba

se dijo con una manta rica con que se ceñía como también arriba se dijo, y cascabeles de oro para poner los pies, y su báculo como el de arriba.

Otros ornamentos también que llevaban eran del mismo *Quetzalcóatl* una capilla grande, hecha de plumas de cuervo una mitra de cuero de tigre, y colgaba de la mitra un *chalchivuil* grande y redondo en la punta, y también unas orejeras redondas de mosaico de turquesas con un garabato de oro que llamaban *Ecacozcatl*, y una manta rica con que se ceñía, y unos cascabeles de oro para los pies, y una rodela que tenía en el medio una plancha de oro redonda, la cual rodela estaba bordada con plumas ricas.

En lo bajo de la rodela salían una banda de plumas ricas en la forma que se dijo arriba: llevaba un báculo labrado de mosaico de turquesas, y en la vuelta de arriba puestas unas piedras ricas o perlas eminentes. En lo alto de arriba también llevaban unas cotaras como los señores solían traer: todas estas cosas llevaban los mensajeros y las presentaron según dicen a D. Hernando Cortés.

Otras muchas cosas le presentaron que no se escriben, como fue una mitra de oro hecha a manera de caracol marisco con unos rapacejos de plumas ricas que colgaban ácia las espaldas, y otra mitra llana también de oro y otras joyas de oro que no se escriben.

Todas estas cosas metieron en sus petacas y toda la licencia de Moctezuma dijoles: "*Id con prisa y no os detengáis; id y adorad en mi nombre al dios que viene. Y decidle, acá nos envía vuestro siervo Mocthecuzoma, estas cosas que aquí traemos os envía, pues habéis venido a vuestra casa que es México.*"

Tomaron luego el camino los mensajeros y llegaron a la orilla de la mar y allí entraron en canoas, y llegaron a un lugar que se llama *Xicalanco*: de allí tornaron otra vez a entrar en otras canoas con todo su hato, y llegaron los navíos, luego les preguntaron de los navíos: *¿Quién sois vosotros, de dónde habéis venido?*; dijeron los de la canoa: *venimos de México*, y dijeron los de la nao: *¿Por ventura no sois de México, sino que decís con falsedad que sois de México, y nos engañáis?* Y sobre esto tomaron y dieron, y de que se satisficieron los unos a los otros, juntaron la canoa con el navío y echáronles una escalera con que subieron al navío donde estaba D. Hernando Cortés"<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> Fray BERNARDINO DE SAHAGÚN: *Historia General de las Cosas de Nueva España* escrita por Fr... y fundada en la documentación en lengua mexicana recogida por los mismos naturales. Lo dispuso para la prensa en esta nueva edición, con numeración, anotaciones y apéndices, Angel María Garibay K. 4 vs. México,

Un espectador de esa entrega sobrecargada de solemnidad por parte de los indios y de los españoles, quienes debieron estar más que sorprendidos de tanta grandeza y de tan ricos dones, Bernal Díaz del Castillo, con llaneza y sinceridad que descubre en él la sed de riquezas que animaba a los conquistadores, nos describe, muy sencillamente, la entrega, confesando "no poder describir" todos los objetos dados.

Es pena que Bernal que vio entre los primeros este tesoro, que lo palpó y aún valuó económicamente, no haya sido más explícito en su descripción a la cual no le ayudó, según dice, su memoria, la que por otra parte sí retuvo hasta los nombres de los caballos que las huestes de Cortés utilizaron.

La relación de Bernal a este respecto reza como sigue:

"Y aquel principal que venía con aquel presente traía cargo de hablar juntamente con el Tendile; ya he dicho que se decía Quintalbor. Y después de haber dado el parabien venido a aquella tierra y otras muchas pláticas que pasaron, mandó sacar el presente que traían, y encima de unas esteras que llaman petates, y tendidas otras mantas de algodón encima de ellas, y lo primero que dio fue una rueda de hechura de sol de oro muy fino, que sería tamaña como una rueda de carreta, con muchas maneras de pinturas, gran obra de mirar, que valía, a lo que después dijeron, que la habían pesado, sobre diez mil pesos y otra mayor rueda de plata, figurada de luna, y con muchos resplandores y otras figuras en ella, y ésta, era de gran peso, que valía mucho; y trajo el casco lleno de oro en granos chicos, como le sacan de las minas, que valía tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos en más, por saber cierto que había buenas minas, que si trajeran veinte mil pesos. Más trajo veinte ánades de oro, muy prima labor y muy al natural, y unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro de tigres y leones y monos; y diez collares hechos de una hechura muy prima, y

Editorial Porrúa, S. A., 1956, IV, 27-30. LAS CASAS: *Op. cit.*, III, 245-247, agrega: "Diase priesa Motenzuma en enviar respuesta y aquellos dones a los españoles, mandando a su gobernador que les dijese que se fuesen, creyendo que eran niños que fácilmente se contentaban porque se tornasen a su tierra y saliesen de la suya; y tenía mal pensado porque cuanto más oro les enviara, como después les envió siempre diciéndoles que se fuesen, fuera como fue mayor cebo para que fueran, como fueron, a sacárselo de las entrañas. Desta priesa de echarlos era la causa porque tenía por cierto, según sus profetas o agoreros le habían certificado, que su estado y riqueza y prosperidad había de perecer dentro de pocos años por cierta gente que había de venir en sus días, que de su felicidad lo derrocara, y por esto vivía siempre con temor y en tristeza y sobresaltado y así lo significaba su nombre, porque Motenzuma quiere decir en aquella lengua hombre triste y enojado. También significa hombre grave y de grande autoridad, y que es temido, todo lo cual en él se hallaba...".

otros pinjantes; y doce flechas y un arco con su cuerda, y dos varas como de justicia, de largor de cinco palmos; y todo esto que he dicho de oro muy fino y de obra vaciadizo. Y luego mandó traer tres penachos de oro y de ricas plumas verdes y otro de plata, y aventadores de lo mismo; después venados de oro, sacados de vaciadizo, y fueron tantas cosas que como ha ya tantos años que pasó no me acuerdo de todo. Y luego mandó traer allí sobre treinta cargas de ropa de algodón, tan prima y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchos colores, que por ser tantas no quiero en ello, meter más la pluma, porque no lo sabré describir. Y después que lo hubo dado, dijo aquel gran cacique Quintalbor, y el Tendile, a Cortés, que reciba aquello con la gran voluntad que su señor se lo envía, y que la reparta con los *teules* y hombres que consigo trae. Y Cortés con alegría los recibió. Y dijeron a Cortés aquellos embajadores que le querían hablar lo que su señor les envía a decir, y lo primero que le dijeron, que se ha holgado que hombres tan esforzados vengan a su tierra, como le han dicho que somos, porque sabía lo de Tabasco, y que deseará mucho ver a nuestro gran emperador, pues tan gran señor es, pues de tan lejanas tierras como venimos tiene noticia de él, y que le enviará un presente de piedras ricas, y que entre tanto que allí en aquel puerto estuviéremos, si en algo nos puede servir que lo hará de buena voluntad; y cuanto a las vistas, que no curasen de ellas, que no había para que, poniendo muchos inconvenientes.

Cortés les tornó a dar las gracias con buen semblante por ello, y con muchos halagos y ofrecimientos dio a cada gobernador dos camisas de Holanda, y diamantes azules y otras cosillas, y les rogó que volviesen por su embajador a México, a decir a su señor, el gran Montezuma, que pues habíamos pasado tantos mares y veníamos de tan lejanas tierras solamente por verle y hablar de su persona a la suya, que si así se volviese que no le recibirá de buena manera nuestro gran rey y señor, y que adonde quiera que estuviera le quiere ir a ver y hacer lo que mandare. Y los gobernadores dijeron que ellos irían y se lo dirían, más que las vistas que dice, que entienden que son por demás. Y envió Cortés con aquellos mensajeros a Montezuma de la pobreza que traíamos, que era una copa de vidrio de Florencia, labrada y dorada con muchas arboledas y monterías que estaban en la copa, y tres camisas de Holanda, y otras cosas, y les encomendó la respuesta. Y fuéronse estos dos gobernadores, y quedó en el real Pitalpitoque, que parece ser le dieron cargo los demás criados de Montezuma, para que trajese la comida de los

pueblos más cercanos. Y dejarlo he aquí, y diré lo que en nuestro real pasó”<sup>15</sup>.

Torquemada, en su *Monarquía Indiana* al tratar del mismo episodio lo hace no con la sencillez de expresiones que Bernal, sino con la grandilocuencia con que hace algunas de sus descripciones<sup>16</sup>.

“El Mexicano, que venía de parte de Motecuhçuma, dió a Fernando Cortés la bien venida, y luego con mucha gravedad, mandó tender unas esteras, mui ricamente labradas, (que ellos llaman Petates) y encima de ellas Mantas de Algodón: luego sobre ellas pusieron diversidad de Camisas de Algodón, y Telas de lo mismo, delicadamente labradas, entretejidas de Pluma, de extremados, y excelentes visos, y de mui varios, y diferenciados Colores. Rodelas, hechas de Varas mui blancas, entretejidas con Plumas, y con Patenas de Oro, y de Plata; y en otras, Perlas menudas, como Aljofar, y no se puede decir su Artificio, lindeça y hermosura; un Casquete de Madera mui sutil, y cubierto de Granos de Oro, por fundir; un Capacete Planchas de Oro, y Campanillas colgadas, y encima asentadas unas Piedras, como Esmeraldas; Penachos de varias Plumas, grandes, con los cabos de Argentería de Oro, colgando; Mosqueadores de Pluma rica, con mil juguetes, y lindeças de Oro, y Plata, hechos por mui sutil, y maravilloso artificio; Braçaletes, y otras Armaduras de Oro, y Plata, que usaban en sus guerras, de tal manera, con sus Plumas verdes, y amarillas entrepuestas, y colorados, que no se puede bien decir su curiosidad, y hechura; Alpargates, u Sandalias de Cuero de Venado, (que llaman Cactli) cosidos con hilo de oro, y por suelas una Piedra blanca y açul, cosa preciosa, y mui delgada, sobresuela mui delgada de algodón: espejos hechos de Margaxita, que es un metal resplandeciente, como plata (de que decimos en otra parte) y estos grandes, como un Puño, redondos; como una Bola, engastados en Oro, que dexando el valor del esgaste, sola la hechura, y hermosa suia, se pudiera vender en mui caro precio, y que a qualquier Rei, y señor Grande, se pudieran presentar; muchas Mantas, y Cortinas, para Cama, delgadísimas, de Algodón, que parecían ser más ricas, que si fueran de seda, y de diversos colores; muchas pieças de oro, y plata, un collar de oro, que tenía más de cien esmeraldas, y muchos más rubies, o piedras, que lo parecían, y colgaban muchas campanillas de oro, y otro collar con muchas esmeraldas, y ciertas perlas ricas, y la hechura admirable, y otras pieçeuelas, como Ranas y Animalejos, Joias, como

<sup>15</sup> BERNAL DÍAZ: *Op. cit.* ... I, 154-155.

<sup>16</sup> I, 389-390.

Medallas chicas, y grandes, que solas las manos, o el primor del artificio de ellas, valía mas, que el Oro, y Plata, Granos de Oro para fundir, sacados de las Minas, como Garvanços, mas, y menos; y lo que más engrandeció este Presente, fueron dos Ruedas: La una de Oro, esculpida en ella la Imagen del Sol, con sus Raios, y Follage, y ciertos animales, señalados, que pesaba más de cien Marcos: La otra era de Plata, con la figura de La Luna; labrada de la misma manera, que el Sol, de cincuenta y tantos Marcos, de peso. Tenían de grueso como un Real de Aquatro, (poco más) y ambas maciças, y de el tamaño cada una de Rueda grande de Carreta. Todos los que vieron el Presente, quedaron suspensos, y admirados, de tan gran riqueza, y aun bien embidiosos de pasar a adelante, por otro maior, que él, o semejante”.

Entre la relación que de los presentes nos da Bernal y la de Torquemada encontramos ya algunas diferencias. En tanto el soldado es parco y breve y calcula sobre todo su equivalencia en efectivo, el religioso realiza una descripción preciosista, minuciosa, bien detallada. La descripción de Torquemada no es sin embargo original. Al elaborar el cronista su obra debió de conocer la obra de Las Casas que circulaba en varias copias, y si no ella, la misma relación que sirvió a Fray Bartolomé para dar en su *Historia de las Indias* cuenta de ese tesoro. Una comparación entre estos dos textos así lo revela<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> La relación del Dominico contenida en su *Historia de las Indias* III, 245-247, dice así: “Estas fueron diversidad de camisetas y unas telas de algodón delicadísimas y de muchos colores, para vestiduras de las que ellos usaban vestirse, entretejidas con plumas de aves muy delicadas y de diversos colores; un casquete, creo que de madera, muy sutil, cubierto de granos de oro por fundir; un capacete de planchas de oro y campanillas colgadas y por encima unas piedras como esmeraldas; muchas rodelas hechas de ciertas varas delgadas muy blancas, entretejidas con plumas y con unas patenas de oro y de plata otras y algunas perlas menudas, como aljófara, que no se puede expresar por escrito su artificio, ni su lindeza, riqueza y hermosura; ciertos penachos de diversas plumas y colores, grandes, con los cabos de argentería de oro, colgando; amoscadores de plumas muy ricas, con mil lindizas de oro y plata, que debían usar en sus guerras, de tal manera, con sus plumas verdes y amarillas, entrepuestas y cueros de venados muy adobados y colorados, que no se puede bien su hechura y hermosura expresar; alpargates de cueros de venado muy adobado, cosidos con hilo de oro y por suelas una piedra blanca y azul, cosa preciosa, muy delgada, sobre suela muy delicada de algodón; espejos hechos de margaxita, que es un metal hermosísimo como plata muy resplandeciente, y éstos, grandes como un puño, redondos como una pelota engastados en oro, que dejado el valor del oro, sólo la hechura y hermosura suya se pudiera vender muy cara, los cuales se pudieran a cualquier señor y rey grande por cosa digna presentar; muchas mantas y cortinas para camas, delgadísimas, de algodón, que parecían ser más ricas que si fueran de seda, y de diversos colores; muchas piezas de oro y plata; un collar de oro, que tenía más de cien esmeraldas y muchos más rubies o que lo parecían, colgaban muchas campanillas de oro; otro con muchas esmeraldas y ciertas perlas ricas y la hechura admirable; otras piecicietas de oro, como ranas y animalitos y joyas, como medallas, chicas y grandes, que

Fuera de la relación que nos hace Bernal Díaz, testigo ocular de su recepción, ninguna otra de las citadas procede de una visión directa del tesoro. Las Casas lo vió, cierto es, en Valladolid en abril de 1520, pero la descripción que él ofrece no es producto de un inventario hecho por él mismo, con los objetos ante sus ojos, sino tomado de una relación en que constaba cuáles habían sido las joyas y ropa enviadas al Emperador.

¿Cuál fue esa relación y de dónde procedió? La respuesta a este interrogante la encontramos en el hecho siguiente. Cortés al recibir el presente debió haber pensado en quedarse con él y repartirlo a su manera, no siempre equitativamente, con sus compañeros. El primer impulso ante tan ricos objetos fue sin duda, desearlos para sí y compartirlos un poco con los hombres que le obedecían, que eran más codiciosos que él, pero menos prudentes. Hernando Cortés era astuto e inteligente político. Sabía mirar muy a lo lejos, tenía gran visión del futuro y también sabía adelantarse a las circunstancias. Conciente de su desobediencia hacia Velázquez, temía su autoridad y al independizarse de ella no le quedaba otro recurso, sino quería ser rebelde al Estado y a su Rey, que el de acogerse al amparo y protección del Emperador. Rebelde sí a un inferior, a Velázquez funcionario del Monarca, pero leal súbdito, vasallo rendido y obsequioso para con su Emperador.

Al idear su independencia absoluta de su ex-jefe no quería pasar él ni hacer pasar a sus compañeros como traidores a la Realeza.

Al seguir las formas tradicionales de constitución democrática de un ayuntamiento para asentar una autoridad en las nuevas tierras independientes de las de Cuba, Cortés trató de asegurar por todos los medios

solas las manos, como dicen, o el primor del artificio dellas valían más que el oro y plata y mucho más; muchos granos de oro por fundir, como se saca de las minas, como garbanzos y mayores. Sobre todo esto, envié dos ruedas, la una de oro, esculpida en ella la figura del sol, con sus rayos y follajes, y ciertos animales allí señalados; creo que pesaba más de cien marcos; la otra era de plata, con la figura de la luna, de la misma manera que el sol labrada, de cincuenta y tantos marcos; tenía de gordor como un tostón de 4 reales, macizas todas; muy poco menos tenían en redondo que una rueda de carreta cada una. Estas ruedas eran, cierto, cosas de ver; yo las víde con todo lo demás, el año de 520, en Valladolid, el día que las víde el emperador, porque entonces llegaron allí enviadas por Cortés, como abajo, placiendo a Dios, se verá; quedaron todos los que vieron aquestas cosas tan ricas y tan bien artificiadadas y hermosísimas, como de cosas nunca vistas y oídas, mayormente no habiéndose hasta entonces visto en estas Indias, en gran manera como suspensos y admirados. Dijeron los indios que aqueste presente y dones enviaba Motenzuma a los que allí habían venido los días pasados, que eran Juan de Grijalva y su compañía sino que cuando llegaron con ello a la mar eran ya partidos. Valdría el oro y la plata que allí había 20 ó 25.000 castellanos, pero la hermosura dellas y la hechura mucho más valía de otro tanto".

Herrera en sus *Decadas*, II, 103-104, transcribe la misma relación.

su creación y legitimidad. Un buen recurso para atraerse la simpatía y el favor de Carlos I iba a consistir en regalarlo, en obsequiarle algo, más que correspondiente a su categoría de César, necesario para dispensarle la inobediencia y rebeldía a Velázquez y otorgarle el mando de las nuevas tierras.

Nada mejor para ello, por su riqueza, su exquisitez, su extraordinario valor artístico que ese tesoro que a él le entregaba Moctezuma.

Ante el dilema de enriquecerse rápidamente, pero quedar como rebelde, y el de obsequiar ese tesoro al César aún a riesgo de provocar el descontento entre sus capitanes, optó por el segundo recurso como más sabio y prudente. No es de dudar que semejante argumentación le haya servido para convencer a sus amigos y éstos a su vez a sus subordinados.

Decidido a ofrendar tal riqueza al Emperador, va a designar a Alonso Fernández Porto Carrero y a Francisco de Montejo no como enviados suyos, sino en calidad de Procuradores de la Villa rica de la Veracruz, para que condujesen ante "los muy altos Excelentísimos Principes e muy Católicos e Grandes Reyes e Señores, la reina doña Juana y el Rey don Carlos su hijo" los extraordinarios ofrecimientos de Moctezuma y les suplicasen entre otras cosas les hiciesen "merced de conceder cédula e provisión a Fernando Cortés" de autoridad en la Nueva España<sup>18</sup>.

Para hacer este envío, va a redactar a más de unas instrucciones muy detalladas para los procuradores en las que les señala cuál debe ser su conducta y peticiones ante el Monarca, una carta que va a firmar el ayuntamiento. El por su parte narrará personalmente a Carlos I los hechos del descubrimiento de la Nueva España y su asentamiento en ella. La suerte corrida por esta primera epístola nos ha impedido conocerla. La Carta del Ayuntamiento la suple. En ésta, en su parte final, al referirse a la constitución del Cabildo hay un párrafo en el cual se ofrece al Emperador, el presente íntegro de Moctezuma "por ser lo primero, sin quedar cosa alguna en nuestro poder, sirviésemos a Vuestras reales altezas, mostrando en esto la mucha voluntad que a su servicio tenemos"<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> Con estas palabras aparece en la Carta de Relación del Ayuntamiento de Veracruz enviada al Emperador y que junto con las cartas de Relación de Cortés se conserva en la Biblioteca Imperial de Viena.

<sup>19</sup> HERNÁN CORTÉS: *Cartas de Relación en Cartas de Relación de la Conquista de América*. México, Editorial Nueva España, S. A. (s. f.) I, 119-120. El párrafo íntegro dice así: "Después de hecho lo susodicho, estando todos ayuntados en nuestro cabildo, acordamos de escribir a vuestras majestades y les enviar todo el oro y plata y joyas que en esta tierra habemos habido de más, y allende de la

Al finalizar la carta se agrega: "E el oro e plata e joyas e rodeles e ropa que a vuestras reales altezas enviamos con los procuradores demás del quinto que a vuestra majestad pertenece de que suplica Fernando Cortés en este concejo les hacen servicio va en esta memoria E firmada de los dichos procuradores como por ella vuestras reales altezas podrán ver. De la rica villa de la Veracruz a 10 de julio de 1519 años".

"El oro e joyas e piedras e plumajes que se ha recibido en estas partes nuevamente descubiertas después que estamos en ello que vos Alonso Fernandez Puerto Carrero e Francisco de Montejo que váis por procuradores desta villa rica de la Veracruz a los muy altos excelentísimos príncipes e muy católicos e grandes reyes e señores la reina doña Juana y el rey don Carlos su hijo nuestros señores lleváis son las siguientes:"<sup>20</sup>

En seguida va la relación certificada por Alonso de Avila y Alonso de Grado, "tesorero y veedor de sus altezas", la cual fue hecha el 6 de julio de 1519.

El inventario formado por Avila, Grado, Montejo y Portocarrero fue entregado junto con las joyas al Monarca, y el Tesorero de la Casa de Contratación de los fondos, en su libro de cuentas o "Manual", lo recibido lo inscribió, dejando así constancia de todo cuanto contenía ese presente.

En la mayor parte de las ediciones de las *Cartas de Relación*, en las que se reproduce la Carta del Ayuntamiento no figura la lista de los objetos a pesar de que esa lista sí aparece en el manuscrito de la Biblioteca Imperial de Viena.

Don Pascual de Gayangos la conoció por una copia que del *Manual del Tesorero de la Casa de la Contratación de las Indias* había,

quinta parte que de sus rentas y disposiciones reales les pertenece, y que con todo ello, por ser lo primero, sin quedar cosa alguna en nuestro poder, sirviésemos a vuestras reales altezas, mostrando en esto la mucha voluntad que a su servicio tenemos, como hasta aquí lo hemos hecho con nuestras personas y haciendas; y acordado por nosotros esto, elegimos procuradores a Alonso Fernández Portocarrero y a Francisco de Montejo, los cuales enviamos a vuestra majestad con todo ello, y para que de nuestra parte besen sus reales manos, y en nuestro nombre y desta villa y concejo supliquen a vuestras reales altezas nos hagan merced de algunas cosas cumplideras al servicio de Dios y de vuestras majestades y al bien común de la villa, según más largamente llevan por las instrucciones que les dimos; a los cuales humildemente suplicamos a vuestras majestades con todo el acatamiento que debemos, reciban y den sus reales manos para que de nuestra parte las besen, y todas las mercedes que en nombre deste concejo y nuestro pidieren y suplicaren las concedan; porque, demás de hacer vuestra majestad servicio en ello a nuestro Señor, esta villa y concejo recibiremos muy señalada merced como de cada día esperamos que vuestras reales altezas nos han de hacer".

20) De acuerdo con el original de Viena.

hecho sacar Juan Bautista Muñoz. De la edición de Gayangos la tomó Don José Fernando Ramírez con enmiendas en la transcripción.

Esta relación que presenta algunas diferencias paleográficas con el manuscrito de Viena, siendo esta menos completa, detalla como sigue los objetos que constituyeron el presente del Emperador Mexicano.

Es a través de ella, relación auténtica de esos mismos objetos como podemos conocerlos en su integridad. A veces no perfectamente descritos dan, sin embargo, una idea más clara de lo que fue tan imperial obsequio, que las que hemos visto antes, procedentes de otros escritores.

Ella dice así: "Primeramente: una rueda de oro grande con una figura de monstruo en medio y labrada toda de follajes, la cual pesó tres mil ochocientos pesos de oro; y en esta rueda, porque era la mejor pieza que acá se ha habido y de mejor oro, se tomó el quinto para sus reales altezas que fueron dos mil castellanos que le perteneció a sus majestades de su quinto y derecho real, según la capitulación que trajo el capitán general Fernando Cortés de los padres gerónimos que residen en la Isla Española; y en todas las otras, y los mil ochocientos pesos restantes a todo lo demás que tiene a cumplimiento de los dichos mil y doscientos pesos al concejo de esta villa hace servicio a su majestad de ello con todo lo demás que aquí en esta memoria va, que les pertenece.

Item más: dos collares de oro y pedrería, que el uno de ellos tiene ocho hilos, y en ellos doscientas y treinta y dos piedras coloradas y ciento sesenta y tres verdes; y cuelgan de el dicho collar por la orladura de él veintisiete cascabeles de oro, y en medio de ellos hay cuatro figuras de piedras grandes engastonadas en oro, y en medio del uno cuelgan siete pijantes sencillos, y en los cabos de los dos cada cuatro pijantes doblados. Y el uno tiene cuatro hilos que tienen ciento y dos piedras coloradas, e ciento e setenta e dos piedras que parecen en el color verde, e a la redonda de las dichas piedras veinte e seis cascabeles de oro, e en dicho collar diez piedras grandes engastadas en oro de que cuelgan ciento y cuarenta y dos pijantes de oro.

Cuatro pares de antiparas, los dos pares de hoja de oro delgado con una guarnición de cuero de venado amarillo, y las otras de hoja de plata delgada con una guarnición de cuero de venado blanco, y las restantes de plumajes de diversos colores, y muy bien obradas, de las cuales de cada una de ellas, cuelgan diez e seis cascabeles de oro, y todas guarnecidas de cuero de venado colorado.

Item más: cien pesos de oro por fundir para que sus reales altezas vean como acá se coge oro de minas.

Item más: en una caja una pieza grande de plumajes enforrada en

cuero que en las colores parecen martas, antadas y puestas en la dicha pieza, en el medio y una patena de oro grande, que pesó sesenta pesos de oro, e una pieza de pedrería azul a manera de rueda, y otra pieza mediana azul e un poco colorada, e al cabo de la pieza otro plumaje que cuelga de ella de colores.

Item: un amoscador de plumaje de colores con treinta y siete verguitas cubiertas de oro.

Item más: una pieza grande de plumajes de colores que ponen en la cabeza, en que hay a la redonda de él, setenta e ocho piezas pequeñas de oro, que serán cada una tan grande como medio cuarto, y bajo de ellas veinte torrecillas de oro.

Item: una mitra de pedrería azul con una figura de monstruo en el medio de ellas, enforrada en un cuero que parece en los colores martas con un plumaje pequeño, el cual y el de arriba de que se hace mención son de esta mitra.

Item: cuatro harpones de plumajes con sus puntas de piedra atadas con hilo de oro, y un cetro de pedrería con dos anillos de oro, y lo demás plumaje.

Item: más a un brazalete de pedrería, y más una pieza de pluma negra y de otros colores, pequeña.

Item: un par de zapatones de cuero que en las colores de él parecen martas e las suelas blancas con tiritas de oro.

Más un espejo puesto en una pieza de pedrería azul e colorada con un plumaje pegado a él, e dos tiras de cuero colorado pegadas a otro que parece de aquellas martas.

Item: más tres plumajes de colores que son de una cabeza grande de oro que parece de caimán.

Item: unas antiparas de pedrería azul enforrada en un cuero, que las colores parecen martas, con cada quince cascabeles de oro.

Item: más una manipola de cuero de lobo con cuatro tiras de cuero que parece de martas, pegada a él.

Más unas barbas puestas en unas plumas de colores, e las dichas barbas son blancas que parecen de cabellos.

Item: dos plumajes de colores que son para dos capacetes de pedrería de que abajo se dirá.

Más otros dos plumajes de colores que son para dos piezas de oro que se ponen en la cabeza, hechas a manera de caracoles grandes.

Más dos guariques grandes de pedrería azul que son para poner en la cabeza grande del caimán.

En otra caja cuadrada una cabeza de caimán grande de oro, que es la que arriba se dice para las dichas piezas.

Más un capacete de pedrería azul con veinte cascabeles de oro que le cuelgan a la redonda, con dos cuentas que están encima de cada cascabel, e dos guariques de palo con chapas de oro.

Más una pájara de pluma verde, e los pies e pico e ojos de oro.

Item: más otro capacete de pedrería azul con veinte e cinco cascabeles de oro encima de cada cascabel que le cuelga a la redonda con unos guariques de palo con chapas de oro, e un pájaro de plumaje verde con los pies e pico e ojos de oro.

Item más: en una haba de caña dos piezas grandes de oro que se ponen en la cabeza, que son hechas a manera de caracol de oro, con sus orejas de oro, con sus guariques de palo y chapas de oro, y más dos pájaros de plumaje con sus pies e pico e ojos de oro.

Más diez e seis rodeles de pedrería con sus plumajes de colores que cuelgan a la redonda de ellas, y una tabla ancha esquinada de pedrería con sus plumajes de colores, y en medio de la dicha tabla hecho de la dicha pedrería una cruz de ruedas, la cual está forrada en cuero que tiene las colores como martas. Otrosí: un cetro de pedrería colorada hecha a manera de culebra con su cabeza y los dientes y ojos que parecen de nácar, y el puño guarnecido con un cuero de animal pintado, y debajo del dicho puño cuelgan seis plumajes pequeños.

Item: más un amoscador de plumajes puesto en una caña guarnecida en un cuero de animal pintado hecho a manera de veleta, y encima tiene una copa de plumajes, que en fin de todo tiene muchas plumas verdes largas.

Item: dos ánades hechas de hilo e plumajes, e tienen los cañones de las alas y las colas, y las uñas de los pies y los ojos y los cabos de los picos, de oro, puestas en sendas cañas cubiertas de oro y abajo unas pellas de plumajes, la una blanca y la otra amarilla, con cierta argentería de oro entre las plumas, y de cada una de ellas cuelgan siete ramales de plumas.

Item: tres piezas hechas a manera de lizas puestas en sendas cañas cubiertas de oro e que tienen las colas e las agallas, los ojos y bocas de oro; y abajo en las colas unos plumajes de plumas verdes, de colores y hacia las bocas de las dichas lizas sendas capas de plumajes de colores, y en algunas de las plumas blancas cuelga cierta argentería de oro y abajo del asidero cuelgan de cada una seis ramales de plumajes de colores.

Item: una verguita de cobre forrada en un cuero puesta una pieza

de oro a manera de plumaje, encima de abajo ciertos plumajes de colores.

Item: más cuatro moscadores de plumaje de colores e los tres de ellos tienen a diez cañoncitos cubiertos de oro y el uno tiene trece.

Item: cuatro harpones de pedernal blanco puestos en cuatro varas guarnecidas de plumajes.

Item: una rodela grande plumajes guarnecidos el envés de un cuero de animal pintado, y en el campo de la dicha rodela, en el medio, una chapa de oro con una figura de las que los indios hacen, con cuatro otras medias chapas en la orla, que todas ellas juntas hacen una cruz.

Item: más una pieza de plumajes de diversos colores hechos a manera de media casulla aforrada en un cuero de animal pintado, que los señores de estas partes que hasta aquí hemos visto eran se ponían colgada del pescuezo, y en el pecho: trece piezas de oro, muy bien asentadas.

Item: una pieza de plumajes de colores que los señores de esta tierra se solían poner en las cabezas, hecho a manera de cimera de justador, y de ella cuelgan dos orejeras de pedrería con dos cascabeles y dos cuentas de oro, y encima un plumaje de plumas verde, ancho, y debajo le cuelgan unos cabellos blancos.

Otrosí: cuatro cabezas de animales; las dos parecen de lobo y las otras dos de tigre con unos cueros pintados, y de ellos les cuelgan cascabeles de metal.

Item: dos cueros de animales pintados aforrados en unas mantas de algodón que parecen de gato cerval.

Item: un cuero bermeja y pardillo de otro animal, que parece de león e cueros de venado.

Item: cuatro cueros de venados pequeños adovados, y más de media docena de guadameciles de los que acá hacen los indios.

Más de dos libros de los que acá tienen los indios.

Más media docena de amoscadores de plumajes de colores.

Más una poma de plumas de colores con cierta argentería en ella.

Otrosí: una rueda de plata grande, la cual pesó por romana, cuarenta y ocho marcos de plata: y más en unos brazaletes y en unas hojas batidas un marco e cinco onzas y cuatro adarmes; una rodela grande e otra pequeña de plata que pesaron cuatro marcos e dos onzas, otras dos rodela que parecen de plata, las cuales pesaron seis marcos y dos onzas de plata, otra rodela que parece de plata que pesó un marco e siete onzas.

## ROPA DE ALGODÓN

Item: Más dos piezas grandes de algodón tejidas de labores de blanco y negro y leonado, muy ricas.

Item: dos piezas tejidas de pluma y otra pieza tejida de colores: otra pieza tejida de labores, colorado, negro, blanco y por el envés no se parecen las labores.

Otra pieza tejida de labores, en medio unas ruedas negras de plumas.

Item: dos mantas blancas con unos plumajes tejidos.

Otra manta con unas piecécicas, pegadas de colores.

Un sayo de hombre de la tierra.

Una pieza blanca con una rueda grande, plumas blancas en medio.

Dos piezas de guacaça pardilla, con unas ruedas de pluma, otras dos de guacaça leonada.

Seis piezas de pincel: otra pieza colorada con unas ruedas, otras dos piezas azules, de pincel, dos camisas de mujer.

Doce almaizares, digo e once almaizares.

Seis rodela que tienen cada una una chapa de oro que toma la rodela, item, media mitra de oro.

Todas las cuales dichas cosas y cada una de ellas, según que por estos capitulos van declaradas y asentadas, nos Alonso Fernández Puerto-Carrero y Francisco de Montejo, procuradores susodichos, es verdad que las recibimos y nos fueron entregadas para llevar a sus altezas de vos Fernando Cortés, Justicia Mayor, por sus altezas en estas partes y de vos, Alonso de Avila y Alonso de Grado, Tesorero y Veedor de sus altezas. Y porque es verdad, lo firmamos de nuestros nombres. Fecha a seis días de julio de 1519 años. Puertocarrero, Francisco de Montejo" 21.

Tanto del inventario formado por el Ayuntamiento, como de la inscripción del Tesorero, se hicieron varias copias no muy fieles, pues

21 En el *Manuscrito de Viena* al final de la relación se añade: "e las cuales cosas e cada una de ellas según que por sus capitales van declarados y asentados a Francisco Puerto Carrero e Francisco de Montejo procuradores sus dichos es verdad que las recibimos e nos fueron entregadas para llevar a sus altezas, de vos Fernando Cortés justicia mayor por sus altezas en estas partes e de vos Alfonso de Avila e de Alonso de Grado tesorero e vedor de sus altezas en ellas, e porque es verdad lo firmamos de nuestros nombres fecha a seis días de julio de mil e quinientos e diez e nueve años. Puerto Carrero, Francisco de Montejo.

Las cosas de suso nombradas en el dicho memorial con la carta de relación de suso dicha que el concejo de la Veracruz envió, rescebió el Rey don Carlos nuestro señor como de suso se dió en Valladolid en la semana santa en principio del mes de abril del año del Señor de mil e quinientos e veinte años".

en las que conocemos se echan de ver omisiones, equívocos en las palabras, deformaciones y otras diferencias más formales que sustanciales.

Una de estas copias con variantes hechas por los amanuenses tuvo Las Casas en su poder, incorporándola con modificaciones hechas por él, en las que se percibe su deseo de justipreciar la cultura de los naturales exagerando, en ocasiones, sus cualidades. En la narración que él ofrece se percibe su posición, respecto a las obras de arte salidas de manos de los indios a las que considera tan superiores o más que las europeas. Su papel de apologista y defensor le llevaba a describir con gran entusiasmo los regalos de Moctezuma de los que asegura: "no se puede expresar por escrito su artificio, ni su lindeza, riqueza y hermosura" pues eran "cosas tan ricas y bien artificiadadas y hermosísimas, como de cosas nunca vistas y oídas".

En esta apreciación motivada más por razones políticas que estéticas, se acerca a la posición de Durero a quien sólo movían razones de belleza y no consideraciones políticas. Esta coincidencia es importante por cuanto significa que el valor artístico de las joyas mexicanas era tal que, aún exagerándolo, los panegiristas de los indios coinciden con la apreciación que del mismo hacían estetas de la calidad de Durero.

Hombre en el que el Renacimiento imprimió gran influjo, fue Pedro Mártir de Anghiera o Anglería. Sus *Decadas de Orbe Novo* revelan a un Humanista movido por variadas e interesantes preocupaciones. Su formación en una Italia remozada por el arte de los grandes maestros le impregnó de un sentimiento de belleza que se trasluce en su obra y en sus apreciaciones. Pedro Mártir es sensible a las formas y al color. No admira en el tesoro de Moctezuma sólo el oro y su valor monetario como Bernal Díaz, ni tampoco tiene prurito alguno por que exagerar su artificio como lo hace Las Casas.

Su condición de hombre de mundo le ha llevado a conocer muchos objetos bellos, y a saber distinguir los más de los menos. No es un hombre que se escandalice fácilmente ante el exotismo deslumbrador de las preseas americanas, sino que sabe aquilatarlas como se merecen. De ellas dirá que "entre todas las alabanzas que en estas artes han merecido el ingenio humano, merecerán éstas llevarse la palma"<sup>22</sup>.

<sup>22</sup> PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA: *Decadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires, Editorial Bajel, 1944, 339-341. Véanse para una mejor comprensión de este autor las obras de HENRY HARRISSE, *Biblioteca Americana Vetustissima*. Nueva York, 1866, p. 123 y ss.; JOAQUÍN TORRES ASENCIO: *Fuentes históricas sobre Colón y*

De su totalidad tendrá que exclamar como lo hizo Durero "me parece que no he visto jamás cosa alguna, que por su hermosura pueda atraer tanto las miradas de los hombres"<sup>23</sup>. La descripción del real presente que Anglería hace es importante dado que presenta una versión específica del mismo.

En ella dice al Pontífice Romano:

"Trajeron dos muelas como de mano, una de oro y otra de plata, macizas, de casi igual circunferencia, veintiocho palmos. La de oro pesa tres mil ochocientos castellanos; ya dijimos que el castellano es una moneda de oro que vale una cuarta parte más que el ducado. El centro lo ocupa, cual rey sentado en su trono, una imagen de un codo, vestida hasta la rodilla, semejante a un zeme, con la cara con que entre nosotros se pintan los espectros nocturnos, en campo de ramas, flores y follajes. La misma cara tiene la de plata, y casi el mismo peso, y el metal de las dos es puro.

Trajeron también pepitas de oro en bruto, no fundidas, como garbanzos o lentejas, cual muestra de oro nativo, y asimismo dos collares de oro, uno de los cuales consta de ocho cadenillas, que tienen engastadas doscientas treinta y dos piedras rojas, pero no de granate, y ciento ochenta y tres verdes. Son de tanta estimación como entre nosotros las esmeraldas notables. De la orilla del collar penden veintisiete campanillas de oro, que llevan intercaladas cuatro figuras de perlas, engastadas con oro, y de cada una penden dijes de oro.

El otro collar es de cuatro cadenas de oro, adornadas alrededor de ciento dos piedrecitas rojas, y ciento setenta y dos verdes, y veintiséis campanillas de oro elegantemente dispuestas. En medio del mismo collar van intercaladas diez perlas grandes engastadas con oro, que tienen colgando ciento cincuenta dijes de oro primorosamente elaborados.

Traen unos doce borceguies de cuero de diferentes colores: unos guarnecidos de oro, otros de plata, éstos de perlas, de color azul y verde, y todos con sus campanillas de oro colgando. Llevan (como) tiaras y mitras con varias joyas, engastadas y llenas de piedras azuladas que parecen zafiros. De sus casquetes, ceñidores y abanicos de plumas, no sé que decir. Entre todas las alabanzas que en estas artes han merecido el ingenio humano, merecerán éstos llevarse la palma.

*América. Pedro Mártir Anglería*. 4 Vs. Madrid 1892, I-XXVIII y ss. RAMÓN IGLETA: *Cronistas e Historiadores de la Conquista de México. El Ciclo de Hernán Cortés*. México, El Colegio de México, 1942.  
<sup>23</sup> *Decadas*. . . 339-341.

No admiro ciertamente el oro y las piedras preciosas; lo que me pasma es la industria y el arte con que la obra aventaja a la materia: he visto mil figuras y mil caras que no puedo describir; me parece que no he visto jamás cosa alguna, que por su hermosura, pueda atraer tanto las miradas de los hombres.

Las plumas de las aves que nosotros no conocemos, son brillantísimas; como a ellos les causaría admiración las colas de los pavos reales y de los faisanes, así a nosotros las plumas con que hacen los abanicos y los penachos y adornan todas sus cosas elegantes. Hemos estado viendo los colores naturales que las plumas tienen: azules, verdes, amarillos, encarnados, blancos, y también morenos; todos aquellos instrumentos los hacen de oro.

Trajeron dos celadas cubiertas con piedras preciosas de color verde mar. Una de ellas rodeada de campanillas de oro, y con muchas láminas de oro también, y sostenidas las campanillas en dos bolitas del mismo metal. La otra, rodeada también de las mismas piedras preciosas, con veinticinco campanillas de oro, y en cuya cimera había un pájaro verde con cresta, cuyos ojos, pico y pies eran de oro. Y a cada una de las campanillas las sostenía una bolilla de oro. Trajeron también cuatro tridentes de pescar, adornados con plumas entrelazadas de varios colores, y cuyos dientes son de piedras preciosas unidas entre sí con hilillos de oro. Del mismo modo un gran número de cetros de piedras preciosas con dos anillos de oro. También un brazaletes de oro, unos zapatos de piel de ciervo, cosidos con hilo de oro y con la suela blanca. Un espejo de piedra transparente, semi-azul, con marco de oro puro. Una esfinge de una como piedra diáfana engastada en oro, un gran lagarto y dos grandísimos caracoles, y dos ánades de oro y especies varias de aves, de oro. Cuatro mágiles (*peces*) de oro. Una vara de latón. Todas estas cosas con plumas de varias maneras maravillosas.

Vinieron adargas y escudos largos, veinticuatro de oro y cinco de plata. Una cetra entrelazada de variadas plumas, en cuyo frente hay una lámina de oro esculpida, donde se representa al ídolo Zeme. Rodean a esta figura otras cuatro, a manera de cruz, de láminas de oro, y cabezas de varios animales, como leones, tigres y lobos, formados los animales de mimbres y tablillas con sus mismas pieles superpuestas, y adornados con campanillas de latón y con pieles de varios animales, enteras y perfectamente preparadas. Grandes colchas de algodón teñidas de color blanco, negro y amarillo, cual tablero de ajedrez, lo cual es indicio de que ellos usan también los cubiletes de tales tableros: una (*colcha*) que la cara la tiene negra, blanca y encarnada, y por dentro es lisa sin va-

riedad; otra tejida del mismo modo, de otros colores, y tiene en medio una rueda negra con rayos, y entremezcladas plumas brillantes. Asimismo otras dos colchas blancas, alfombras, tapices y sayo de hombre, a usanza del país, y túnicas interiores y varios velos finísimos para la cabeza, y otras muchas cosas de más vista que valor, las cuales me parece que ya más bien fastidiaría a Vuestra Santidad refiriéndoselas, que no le agradaría”<sup>24</sup>.

Es justamente Pedro Mártir quien hace mención de posteriores envíos de joyas a España muchos de los cuales cayeron en poder de los corsarios que atraídos por la fama de tales tesoros se apresuraron a detenerlos antes de llegar a su camino. Juan Florín aprovechará el envío en 1522 que cuidaban Avila y Quiñones el cual era de bastante consideración, como que provenía ya del obtenido en el saqueo de la Ciudad de México.

De él una parte era para el emperador y la otra para Cortés. De esta última cuidaba un tal Rivera, secretario del propio Cortés. Los objetos traídos en esta ocasión se estimaban como mucho más preciosos y elegantes que los que habían traído, y su Majestad Cesárea se llevó cuando fue a Bélgica y debían valer más de doscientos mil ducados<sup>25</sup>.

De las joyas traídas por Rivera posteriormente Pedro Mártir nos hizo una relación que aún cuando no se refiere a los entregados por Moctezuma, no vacilamos en transcribirla pues formaban parte de los tesoros mexicanos remitidos a Europa y ahí desaparecidos. Ella dice:

“Teniendo yo en mi casa a este Ribera, el reverendo protonotario Caracciolo, y el joven Tomás Maino, viceduque de Milán, nieto del gran Jasón Maino, vinieron a mi casa por el anhelo de oír y ver cosas nuevas. Les causó admiración, no la abundancia de oro ni el que sea tan puro desde su origen (pues lo es tanto que sin hacerle nada se pueden acuñar con él ducados de oro). Principalmente admiraron el número y la forma de los vasos llenos de oro, que los traía diferentes de las diversas naciones que los enviaban cual tributo; y para prueba de que se coge aquel oro en su tierra, en cada vaso o cajita estaban las armas de cada región, que pesaban ocho, nueve o diez dracmas de oro cada una. Nos lo enseñaron como correspondía a un hombre de los que tomaron parte en las cosas, pues el propio Ribera es dueño de todas las cosas que nos enseñó.

<sup>24</sup> *Décadas*... 339-341.

<sup>25</sup> *Décadas*... 446-447.

Pero lo que trae la nave detenida es un caudal muy grande que se le ha de entregar al César. El oro fundido y hecho barras sube a la suma de treinta y dos mil ducados; pero lo que se podrá sacar de los anillos, joyas, escudos, yelmos y otros objetos que traen, si se tasara, dice que asciende a ciento cincuenta mil ducados. Pero corre por ahí no sé que rumor de que los piratas franceses han olido ya esas naves. Dios nos saque con bien.

Vemos las cosas particulares de este Ribera, que son pequeñas muestras de lo que ha de venir. Nos ha enseñado perlas nada inferiores a las que la humana molición llama orientales: muchas de ellas tienen más tamaño que una avellana grande; pero la mayor parte no están bastante blancas, porque las sacan asando las conchas que las crían; mas algunas vimos limpias.

Eso es poco: fue una hermosura ver la variedad de joyas y anillos: no hay cuadrúpedo, ni ave, ni pez que una vez hayan visto sus artifices, que no saquen al vivo la imagen: nos parecía que veíamos vivas las caras, vasillos, pendientes de las orejas, collares, brazaletes, todo de oro, que nos causaba maravilla, en lo cual el "trabajo aventajaba con mucho a la materia; penachos, cimera, escudos y yelmos, labrados a trozos con tal arte y con puntas tan menudas, que de puro delgadas engañaban a la vista. En particular nos gustó la hermosura de dos espejos: el uno estaba rodeado de medio globo de oro; tenía de circunferencia un palmo, y estaba incrustado en madera color verde; el otro no era tan grande.

Dice este Ribera que en aquella tierra el arte lapidario es tal que con el bruñido se pueden hacer excelentes espejos: todos confesaron que ninguno de los nuestros presenta más natural la cara del hombre. Vimos una careta muy lindamente formada: en su parte interior es de tablilla ensamblada, y encima tiene piedrecillas menudísimas, unidas con tales junturas que la uña no las advierte; y mirándola con los ojos muy claros parece una sola piedra, de la materia que hemos dicho se hacen los espejos, y con las orejas de oro; cruzan la cara dos fajas verdes de esmeralda desde ambas sienes, y otras dos azafranadas entreabierta la boca, se ven los dientes de hueso, dos de los cuales, en ambas mejillas, bajan a la barba saliendo fuera de los labios. Esas caretas se las ponen a sus dioses en la cara cuando el príncipe está malo, y no se las quitan hasta que, o se pone bueno, o se muere.

Después sacó de una caja grande varios vestidos: para todos tienen solo tres materias, la primera de algodón, después de plumas de aves, y la tercera la componen con vello de conejo. Ponen de adorno las plu-

mas entre el vello de conejo, y las urden entre los estambres de algodón, y lo tejen con tanto trabajo que no llegamos a entender bien cómo lo hacen. Del algodón no es maravilla: como nosotros urdimos y tejemos las telas de lino, lana o seda, asimismo ellos las de algodón.

Pero la forma de los vestidos es cosa de risa. Los llaman vestidos porque se cubren con ellos, pero no tienen semejanza alguna con ninguna clase de vestimenta. Es sólo un velo cuadrado, muy parecido al que en mi presencia se ponía alguna vez Vuestra Beatitud en los hombros, al peinarse la cabeza, para preservar los vestidos de que les cayera de la cabeza algún pelo u otra suciedad. Aquel velo se lo echan al cuello; después, anudándose a la garganta dos de los cuatro puntas del velo, lo dejan caer, y apenas les cubre el cuerpo hasta las piernas.

Cuando vi estos vestidos, cesé de admirarme de que Moctezuma enviara a Cortés tal número de vestidos, como arriba mencioné, pues tienen poco que hacer y poco espacio ocupan aunque sean muchos. Tienen también calzoncillos, de los cuales, para elegancia, penden ingeridas plumas de varios colores hasta la rodilla.

Muchos usan calzoncillos, en su mayor parte de plumas: en las hebras de algodón meten plumas y pelo de conejo muy hábilmente en todas las cosas, y de ello hacen sus vestidos de invierno y las colchas para la noche. Por lo demás, van desnudos, y como no haga frío llevan siempre fuera uno de los brazos. Por eso todos son de color algo moreno; pero, aunque alguna vez sientan frío, en aquella tierra necesariamente tiene que hacer poco, supuesto que, según dicen, aquella planicie está distante del polo ártico entre el grado diecinueve y el veintidós<sup>26</sup>. Adelante añade: "Después de esto, estando nosotros sentados en un terrado descubierto, hizo salir de mi dormitorio, con sus aprestos guerreros, a un muchacho indígena que él se trajo de criado".

"Llevaba en la mano derecha una espada de madera, sencilla, sin las piedrecitas que ellos acostumbran, pues hacen una hendedura en ambos filos de la espada, y llenan la ranura de piedrecitas agudas con un betún muy fuerte, de modo que en la lucha casi se igualan con nuestras espadas en el cortar. Las piedrecitas son de aquella piedra que hacen las navajas que otra vez dije. Levantó el escudo, hecho a estilo de ellos. Está tejido de mimbres muy resistentes con oro sobrepuesto, y de su media circunferencia inferior cuelgan fimbrias volantes de pluma entre-

<sup>26</sup> *Décadas*... 462-464. Una enumeración de los envíos de joyas hechos a Europa la encontramos en la obra de Salvador TOSCANO: *Arte Precolombino de México y de la América Central* 2ª edición, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1952. p. 521 y ss.

tejidas para adorno, y mas de un palmo de largas. Así como la parte interior estaba encubierta con piel de tigre, por fuera tenía el centro de oro en campo de plumas de varios colores, poco diferente de nuestra seda velluda (terciopelo).

Salió el muchacho armado con su espada y cubierto de ceñido vestido de plumas, amarillo y rojo, con calzoncillos de algodón; entre los muslos le colgaba un pañito, llevando prendidas con aquel vestido las caligas, como si uno se quitara el jubón sin desatar las cintas de las calzas; y con sus chinelas muy bien puestas, hizo el mancebo un simulacro de pelear; tan pronto echándose sobre los enemigos, tan pronto huyendo de ellos". 27.

La simple comparación de los testimonios referentes a un mismo hecho y a unos idénticos objetos nos ha llevado a encontrar una variedad de versiones, sino esenciales, si formales en la apreciación de hechos y objetos, lo cual viene a testimoniar más que la subjetividad de las apreciaciones históricas, la necesidad de emprender un estudio profundo de la historiografía mexicana en el cual lo más interesante a cotejar son las ideas que se tienen sobre los acontecimientos y los hombres y no simples hechos circunstanciales como del que hoy nos hemos ocupado como un ejemplo cualquiera, el cual no tiende sino a aumentar el interés que se tiene por el arte precolombino y a incitar a un estudio a fondo de nuestras fuentes históricas.

Ernesto de la Torre Villar

27 *Ibidem*, 464. Explica Pedro Mártir cómo entre las cosas aportadas por Rivera se encontraban algunos codices a los que describe e interpreta. Ese esfuerzo que hace para explicar su finalidad es de consideración, pues revela un espíritu científico y un principio de comparación de nuestras culturas con las orientales. "Afirmé en otra ocasión que tienen libros, de los cuales trajeron muchos; pero este Ribera dice que no los hacen para leer, sino que únicamente aquellos caracteres que llevan varias imágenes son muestrarios de las cosas, de los cuales los artifices toman modelos para formar joyas, o colchas y vestidos, y adornarlas con aquellas figuras, como en España veo a cada paso que las costureras y las que en telas de seda bordan lazos, rosas, flores, y muchas clases de figuras que deleita verlas, tienen consigo en unos lienzos especiales figuras de todas aquellas labores, y guiándose por ellas enseñan a las chiquillas sus discípulas. En esta diversidad (de informes) no sé a qué atenerme. Yo creo que son libros y que aquellos caracteres e imágenes significan alguna otra cosa, habiendo visto en los obeliscos de Roma cosas así que se toman por letras, y leyendo, como leemos, que los caldeos tenían esa manera de escribir".